

Mi Lugar

Cuando llega el verano los rayos del sol pujan por la cima de los árboles para desplazar su potente color. Así es mi lugar, pueblito que rodeadas de altas montañas, se siente omnipotente ante el astro rey de los cielos.

Cierto día un grupo de adultos se reunieron a orilla del río para matear, guitarrear y gozar los bailes que los identificaban. El calor era lo mejor que les podía pasar. Con los rayos del sol, la vida se veía de otra manera o por lo menos como ellos la veían con mirada de amor, con voz de esperanza, y con oídos de fe. Sentir la brisa rozando por sus oídos los convertía en románticos y bohemios.

Luis era carpintero, Amelia tejedora, Marta artesana, Juan un buen bailarín y Pedro un músico aficionado. Entre mates y mates, entre charla y charla Luis pregunta: -¿Por qué las muchachas y muchachos de mi lugar no han aprendido de nosotros lo que nosotros aprendimos de nuestros padres? - Será porque no les hemos inculcado nuestras costumbres, dijo Amelia. -Es verdad dice Marta, pero como podemos lograr que la juventud nos acompañe, bueno, dijo Juan, por qué no organizamos un festival e invitamos a las muchachas y muchachos a compartir con nosotros? -Claro! acoto Pedro organicemos una guitarreada que les parece, sí sí dijeron todos con gran entusiasmo y secándose el sudor de la frente enseguida comenzaron con la organización. Luces de colores, serpentinas muy coloridas... Pero los muchachas y los muchachos pasaban sin ni siquiera mirar los trabajos de Luis ni los tejidos de Amelia, ni las artesanías de Marta, no les importaba la música de Pedro ni mucho menos los bailes de Juan.

Con tristeza sentados en un banquito dijo Luis: -Ellos están en otra cosa, jamás verán las nuestras. -Hombre de poca fe, dijo Amelia ¿usted ha escuchado hablar de la diversidad cultural? No no mucho pero que tiene que ver eso con nosotros todos quedaron en silencio y, sentándose a la sombra de un sauce, escuchaban con atención los que decía doña Amelia, nosotros aprendimos de nuestros padres porque no teníamos otra cosa para hacer por eso los acompañamos, en sus costumbres, su idioma, sus comidas, teníamos nuestra propia música y nuestros propios bailes y éramos felices con eso. Ahora nuestros niños y niñas, muchachas y muchachos con el famoso internet, el celu, la compu, la tele y eso le llenan los ojos con cosas de las grandes ciudades y de otros países ahí hay otros idiomas, otras comidas, otros bailes. Por eso no ven las nuestras. Pero cuanta verdad dijo Marta que, mientras escuchaba a Doña Amelia se le ocurría una idea, traer a mi lugar un chico llamado trapero todas las muchachas y muchachos empezaron a preparar carteles, banderas, y hasta remeras para el gran recital, pero los adultos muy astutos primero hicieron que Pedro cantara una hermosa tonada, los hijos orgullosos lo aplaudían, Juan bailó una cueca y los muchachos acompañaron encantados con los poemas. Luis presentó un hermoso trabajo en madera, Amelia sus tejidos y Marta sus artesanías y las muchachas felices recorrían el predio mostrando los trabajos a los vecinos que habían venido de los alrededores.

Fué así que, en mi lugar, empezó en cada verano un gran festival con artistas de distintos géneros musicales y bailables pero sin olvidar la propia, un festival que unía a los vecinos y a las familias sin importar el idioma ,la religión o las costumbres.

